BERNARDINO AVILA



m²

SUPLEMENTO DE ESTILO
Y DECORACION DE PÁGINA/12.
SABADO 28 DE MAYO DE 2005.
AÑO 7. Nº 327.

espacio

el notable ámbito creado por la papelería Wussmann en su nueva sede de San Telmo

Fotos Bernardino Avila









En la tapa, una vista general del local de la calle Venezuela. Abajo, el detalle del complejo trabajo realizado en 1911 que reemplazó los muros interiores por estructuras de hierro, dejando paños de ladrillería y rellenos de época. A la izquierda, arriba, la cisterna y, abajo, el aljibe, encontrados al levantar los sollados. A la derecha, el patio/pasillo y la oficina del primer piso, con su noble arco de decorado.



La casona del papel

La papelería Wussmann abrió un notable local en Venezuela y Perú rescatando de la ruina una casona histórica. Fue una obra de amor que demuestra cómo juega el buen gusto en esto del patrimonio.

POR SERGIO KIERNAN

Cosa rara el espacio. Un campo abierto resulta ni chico ni grande hasta que se planta algo en algún lado –un monte, una hilera– como para marcar un aquí y un allá. Sólo entonces se percibe el aquí de cien metros, el allá de una hectárea, y se tiene una noción de tamaños, de escalas. Esta curiosidad del ojo humano permite la fascinación de crear espacios, manipularlos y llenarlos de reverberos visuales, ecos que no se escuchan pero se sienten por otra parte. Es lo que hace que un galpón pueda ser glorioso en su pobreza funcional, un palacio un laberinto desenergizante y una quinta de pueblo un clásico.

Estas cosas se piensan de atropello al entrar al muy curioso espacio de la papelería Wussmann en la calle Venezuela, a metros de Perú. De fuera, se ve una casona antigua con su frente reparado y blanqueado, una doble puerta de maderas muy dignas y una gran apertura vidriada. Linda, rescatada, pero nada notable. Hay que pasar la puerta de vidrio hacia el local para encontrarse realmente con lo que se creó allí: un espacio deschalecado, de una desmesura armónica, una inmensidad perfectamente manejable con una textura que jamás se lograría



de cero. Caminar este espacio para llegar a la papelería, que está insólitamente al fondo de todo, hace obligatorio mirar hacia arriba, al completo sistema que forma el cielo raso. Así se entiende por qué el lugar funciona: porque es un cachivache encantador de siglos superpuestos, de reformas incesantes, de maderas, ladrillos, hierros y hormigones recombinados como ADN.

Para quien conozca la Wussmann en su primera encarnación, la de la calle Rodríguez Peña, no es una sorpresa la belleza del nuevo local. La papelería es capaz de crear cuadernitos con tapas de cuero impecablemente decimonónicos, imprimir en plomos de Minerva y hacer aparecer los portaminas más rotundos que se hayan visto. Esta vez, César Menegazzo Cané, su dueño, se creó un espacio pensado como uno de los anotadores italianos pintados al agua que suele vender.

La casona nació hacia 1780 y tiene el añejo nombre catastral de Cabral Villafañe. Era de las que compartían fondos con sus vecinas en un revoltijo de caballos y aljibes sin paredes, una suerte de *commons* a la criolla donde corrían las gallinas. Su historia muestra remodelaciones en 1825 y una completa demolición y reconstrucción hacia 1870, donde gana básicamente su aspecto actual y su planta baja queda como local, que aparece en el censo de 1875 como almacén de tabaco con vivienda encima. La fachada actual, por sus herrerías y el estilo de sus molduras, muestra esta época.

En 1911 le pasó algo raro a la casona. Fue entonces que se remodeló completamente el local, para crear un inmenso espacio, con el muy complejo expediente de demoler las paredes interiores autoportantes reemplazándolas con una estructura de hierro. Esto implicó instalar los hierros para luego demoler y todavía puede verse –en la casona y en la foto de estas páginas– cómo se dejaron partes de la pared encajadas sobre las vigas, con parches y rellenos. Por encima de esa novedosa tecnología seguían las maderas viejas de las bovedillas planas.

Pasaron los años y los destinos. El local fue sede de la ferretería industrial Feriol, que acabó enfrente hasta hace poco, y de una fábrica de harina de hueso. Luego fue una inversión de una norteamericana que al final no hizo nada más que jugar al básquet con los amigos en la planta baja, y terminó en tapera ocupada. Fue un rasgo de mala suerte, porque los ocupantes o eran piromaníacos o le tenían tirria a la casa y la fueron quemando de a partes. Así llegó Cané al lugar, en 1999, casi al mismo tiempo en que abría su primera Wussmann. Lo que se encontró fue una ruina que al parecer sólo merecía la piqueta: sin techos, quebrada, quemada, con el frente descalzado en su coronamiento nada menos que quince centímetros, con maderos podridos, piezas perdidas y una inseguridad general que hizo estudiarla estructuralmente, por las dudas.

La primera etapa de la obra, a cargo del arquitecto Samuel Szusterman, fue un despeje general y un saneamiento estructural que incluyó demoler el coronamiento descalzado, para volver a construirlo idéntico. La planta baja fue fuertemente intervenida sólo en su parte posterior, donde ahora hay una vivienda para un cuidador, un patio, servicios y una pequeña imprenta. El enorme salón fue despejado de basuras infinitas, ganó unas troneras laterales que dejan pasar la luz donde había unos estrechos patiecitos, un piso alisado y una división entre el local de atrás –la papelería– y el mucho mayor de adelante –la galería de arte– de vidrios sin estructura, invisibles a lo lejos.

Este conjunto seco y claro, puntuado por las columnas de hierro en forma de I, está coronado por esa red de maderas antiguas y ladrillos apoyados, la estructura de 1870, intacta excepto por maderos reemplazados. La otra sorpresa del lugar se ve mirando para abajo: en la librería dos aperturas en el piso cubiertas por vidrios blindados dejan ver dos objetos arqueológicos deliciosos. Uno es el fondo de un aljibe enladrillado, el otro una notable cisterna para juntar agua de lluvia, hecha con unos curiosos ladrillos planos y casi cuadrados, más teja que ladrillo. Ambas estructuras aparecieron al levantarse los pavimentos desparejos y rotos que cubrían lo que en 1780 era los fondos abiertos de la casona. Cané no pudo resistirse e invirtió fuerte en crear un sótano cavando alrededor de sus hallazgos, que hubo que reforzar con encamisados de hormigón para que no se derrumbaran: es que eran estructuras subterráneas que contaban con la tierra a su alrededor para no caerse. Hasta hubo que volver a la ladrillería de antaño para sostener una columna de hierro que caía justo al lado de la cisterna.

Todo esto fue apenas la primera etapa de la obra. Con la casa consolidada y viable, el arquitecto Carlos Goñi comenzó la segunda, que terminó superficies, equipamientos y sistemas, tomó el primer piso y redondeó el local. En la papelería todo está dominado por la titánica estantería que perteneció a la ferretería Feriol, locataria original que se mudó enfrente, quebró, se vendió y terminó en parte volviendo a su hogar original con el mueblazo. Es una de esas estructuras de estantes y cajoneras coronadas con un riel que lleva una escalera voladora, tan grande que es más edificio que mueble.

El que sea invitado a salir del caserón y volver a entrar por la doble puerta de maderas viejas que lleva al primer piso se va a encontrar con una escalera estrella que lleva a una típica casa chorizo en propiedad horizontal. El hall superior, en canónico damero blanco y negro, se abre a dos ambientes y al patio alargado que se pierde hacia el fondo. Es una sucesión de ambientes de aires suburbanos, de alturas generosas rematadas por molduras simples, con todas las herrerías rescatadas de las ruinas encontradas y con paños decorativos de azulejos de Calais descubiertos bajo la mugre de baños y cocinas. El primer piso aloja las oficinas de Cané –chimenea, ventanales al balcón corrido de la calle, un impactante marco de madera decorado comunicando dos ambientes–, el taller de una arquitecta, una oficina disponible y un inmenso ambiente con entrepiso que va a alojar el fondo artístico de la galería de la planta baja, que nace con ambiciones.

Una curiosidad estructural fue la decisión de no cargar de más los cansados muros de la casona, todavía sostenidos en su mayor parte por la argamasa original. Los techos, entonces son virtuales: al levantar la vista se ve el aislante térmico, que da la sensación globular de estar adentro de un dirigible o bajo un toldo hi-tech. Por arriba, para protección, hay chapas. El lugar respira una calma imposible a seis cuadras de Plaza de Mayo y una calidez de casa antigua.

Este primer piso también irá siendo abierto al público para pequeños conciertos y exhibiciones. Mientras llegue esa hora, está la galería y la papelería de la planta baja mostrando cómo con buen gusto y pasión se pudo recrear –y no reciclar o refuncionalizar– una casona tradicional de Buenos Aires ■

Papelería Wussmann: Venezuela 574. 4343-4707.

CAL Y ARENA

Muestra del Mundo
Este miércoles a las 19, en el marco de la Batimat Expovivienda 2005, Luis Grossman y Daniel Casoy presentan la muestra Arquitectos Argentinos en el Mundo/Colección 2005, que ellos editaron. La presentación incluye un debate con Clorindo Testa y Alfonso Corona Martínez. Esta tercera muestra incluye proyectos de Eduardo Catalano, César Pelli, Mario Corea Aiello, R. Machado y J. Silvetti, Emilio Ambasz, Rafael Viñoly, Eduardo Elkouss, J. Pfeifer, Zurdo, DiClérico, W. Pfeifer y Qüesta, Carlos Prus e Ignacio Dahl Rocha. Todos son arquitectos nacidos o formados en Argentina que trabajan en el exterior con éxito, y la muestra recorre sus trabajos más recientes en paneles de alta definición. La cita es en la Rural, hall central.

Revista de Capba
Está circulando la edición 51 de la revista del Capba distrito 2, con notas sobre los concursos de Madryn y Unam, viviendas en Adrogué, la revitalización del centro de Berazategui, ciudades, la villa La Puñalada, tecnología y el proyecto de revitalización del majestuoso Pasaje Barolo.

Escritura profesional
La escuela de periodismo TEA anuncia para el primero de junio su curso intensivo de redacción para profesionales, que incluye expresamente a arquitectos. La idea es ayudar a presentar ideas con claridad en trabajos ordenados y elocuentes. Informes en Recursos TEA, Lavalle 2061, 4374-7912, *tearecursos@tea.edu* o *www.tea.edu*

Del CMD
El CMD tiene abierta hasta el 6 de junio la inscripción para el concurso Joven Emprendedor en Diseño 2005 que organiza con el British Council. El ganador viajará al 100%Design de Londres en septiembre para competir con nueve jóvenes de otras naciones. Bases y condiciones en *www.britishcouncil.org.ar* o en *www.cmd.org.ar*

La Bienal
Está abierta la selección para participar en la Bienal de Arquitectura y Diseño de San Pablo del 8 de octubre al 11 de noviembre. El Ministerio de Relaciones Exteriores le encargó la selección a la SCA y el tema esta vez son las ciudades. Informes sobre los parámetros técnicos de selección en la SCA, 4815-4075, o escribir a *bienalSP@soce-arq.org*

Diseño & Comunicación

La dupla del momento es revisada desde los claustros a través del Dicom, carrera de especialización en Teoría del Diseño Comunicacional que ofrece un abordaje desde la polifonía y la multidisciplina.

POR LUJAN CAMBARIERE

Matrimonio por conveniencia que esconde luchas de poder, amor genuino y verdadero, ¿quién sabe? Lo cierto es que hoy comunicación y diseño –o diseño y comunicación– van de la mano conformando una dupla explosiva que está en boca de todos. Desde los discursos más frívolos y curiosos (hoy hay diseñadores de eventos y odontólogos que diseñan implantes, y del lado de la comunicación, los más variopintos engendros mediáticos) hasta fenómenos concretos que demuestran cómo el diseño está en todas partes. Paradójicamente, el análisis de estos campos se presenta como intangible o atrincherado en ciertos claustros.

En el 2002, en la FADU (Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires) abrieron el juego a través de Dicom, carrera de especialización en Teoría del Diseño Comunicacional con la mira en la multidisciplina y el diálogo en un quehacer que nos involucra a todos. Una carrera acreditada por la Coneau (Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria del Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología) concebida y dirigida por el arquitecto Enrique Longinotti (director de la carrera de Diseño Gráfico) junto al profesor doctor Jenaro Talens de la Universidad de Valencia, España, con la coordinación de la arquitecta Mora Chague. En tren de echar luz, Longinotti y Chague explicitan este territorio.

–¿Cómo nace el Dicom?

Enrique Longinotti: –Se había detectado la necesidad de encontrar un área, una región de reflexión, de crítica y de teorización sobre la comunicación vista desde el diseño. Después del crecimiento en la última década de esta disciplina, parecía lógico empezar a pensar que dentro del concepto de lo proyectual habría un espacio para la producción teórica. Tenía que ver con potenciar un nivel de pensamiento latente en los actos del proyecto, y también con la sensación de que desde una casa como ésta se podía empezar a construir ese espacio.

–¿Tomaron algún ejemplo concreto de otra parte?

Mora Chague: –Investigamos la oferta académica de las carreras de posgrado de Latinoamérica y de Europa, y encontramos que había dos líneas. Una orientada al hiperdesarrollo de las herramientas, sobre todo de la tecnología, y otra vertiente más dirigida a la publicidad y al marketing. Esta propuesta de unir diseño y comunicación no estaba y eso nos alentó.

E.L.: –Del aporte de Talens, en referencia a los programas de estudios avanzados de la Universidad de Valencia y su misma figura (teórico, semiólogo, poeta), surgió la fisonomía de nuestro programa. Y por supuesto de la impronta que le da la FADU, que ameritaba este ensayo de entrecruzamiento.

–¿Cuál es la misión de la carrera?

E.L.: –El diseño es una actividad múltiple que tiene fronteras con muchas otras disciplinas del quehacer social y cultural, de la creación de valores, de problemas de la estética y de la tecnología. Entonces nos parecía que los aportes debían ser de estos universos. Justamente no para definir una teoría del diseño comunicacional sino para reflexionar. Nosotros acá preservamos la independencia de la especificidad de los discursos. Esta no es una carrera de autor. No tiene una línea de pensamiento único sino que es polifónica. Imposible pensar de otro modo un campo en construcción y móvil.

–¿Es una herramienta para qué?

E.L.: –Como primer punto, para ampliar la formación académica como umbral para un tema de doctorado. Pero también vemos que sirve como un catalizador para comprender desde una perspectiva más precisa y de fondo la acción misma del diseño y de los fenómenos culturales. Y acá tomo un pensamiento muy interesante de Talens que sostiene que la teoría verdadera es la que produce acción. El análisis o la comprensión crítica de un fenómeno que igual se te impone, ya lo transforma.

–¿Existe una lucha de poderes entre comunicación y diseño?

E.L.: –Es un tema interesante. Si el diseño es carente o flojo en teoría, en discurso, se supone que le pide a las ciencias de la comunicación que le baje línea. Pero, por otra parte, la comunicación no puede dar cuenta *per se* del fenómeno propio que el diseño produce, que no es mero instrumento de comunicación porque siempre hay una interrelación. Precisamente este empate es el que a nosotros nos interesó. De ahí también las palabras que la definen. Esta carrera no te hace un superdiseñador, en el sentido de un animal gráfico más potente, sino que intenta rescatar el valor de la reflexión en la acción.

M.CH.: –Acá no va la idea de “yo hago cosas, no teoría”.

E.L.: –Las cosas son ideas y las ideas hacen teoría porque son visiones del mundo.

–¿Por qué está abierta a la multidisciplina?

E.L.: –El diseño tiene en este momento una existencia cultural. Es en sí mismo una dimensión de la cultura, por eso reflexionar con otros profesionales que tal vez no lo producen, pero tal vez lo padecen, enriquece. El diseño nos permea a todos. Opera en tu vida social, cultural. Acá apuntamos a alfabetizar en términos de diseño. Porque además, si bien el diseño no es un productor primario de valores, como mínimo es un vehiculizador, un organizador de valores. Ahora, que en un futuro cercano todo será diseño, resulta indispensable analizarlo. Esa era la hipótesis de la carrera y eso justamente es lo que estamos verificando ■

** Informes e inscripción: Subsecretaría de Posgrado FADU, Ciudad Universitaria, Pabellón III, 4º piso, 4789-6235/36* www.fadu.uba.ar/posgrados - dicomunicacional@fadu.uba.ar

CON NOMBRE PROPIO

Ritos cotidianos

POR L.C.

Lorena Giller y Juan Pablo Silva se conocieron a través de la magia del torno. A los dos los atrapó desde muy jóvenes el trabajo en arcilla (ella estudió en la Escuela Nacional de Cerámica y él, en la Escuela Nacional de Bellas Artes Prilidiano Pueyrredón) y la vida los cruzó con un encargo, más precisamente un relicario para un templo budista.

Desde ese momento realizan juntos trabajos de alfarería y “objetos de arte cotidiano”, como ellos denominan a un sinfín de vasijas, teteras, tazas, platos, fuentes, salseros, morteros y sets para sushi, entre otros, en cerámica esmaltada. Además realizan piezas en grés (arcilla de altas temperaturas) y raku, técnica influida por el budismo zen.

¿Su marca registrada? Los exquisitos colores que logran que van desde los más variados turquesas, pasando por los verdes, ocres, terracotas y lavandas a través de mezclas propias de un alquimista. Sumado a piezas que en su estética denotan sus gustos personales por la filosofía y el arte oriental, como preciosos cuencos que ofician de tazas. “En Oriente, la forma guarda un sentido. Al argentino, a veces, le cuesta pensar una taza sin asa, pero es justamente esto lo que te permite tomar contacto directo, por ejemplo, con la temperatura del té”, aclara Giller. Y también las producciones más autorales de Silva inspiradas en la pintura tibetana (tang-kas).

Además, en su taller dictan clases de alfarería manual, torno, modelado y cerámica escultórica, raku y grés, y distintas técnicas de acabados y decoración como distintos tipos de óxidos, engobes, esmaltes, pastas coloreadas, grabados y cuerda seca.

¿La cerámica como material de culto? “Tiene una enorme plasticidad y, sin dudas, es uno de los materiales más nobles, ya que viene de la tierra. El mundo empieza y termina en la arcilla”, señala Silva. “Con ella, logramos dar calidez a muchos ritos cotidianos y eso, sin dudas, es lo más interesante”, suma Giller por su parte ■

** Rito: 4702-1745* - www.ritotaller.com.ar



